

LA ACADEMIA CALASANCIA



FUNDADOR: REDMO. P. EDUARDO LLANAS, ESCOLAPIO: CONSULTOR DE LA SAGRADA CONGREGACIÓN DEL ÍNDICE



TRAS EL ATENTADO

Los redactores de LA ACADEMIA CALASANCIA, estos modestos muchachos que en su labor cotidiana y que en el roce con la vida supimos aprender lo nulo que es en alguna entraña el sentimiento noble e hidalgo de patriota, protestamos indignados del salvaje atentado cometido en la Corte, por un miserable, contra la figura valiente y gallarda de nuestro Rey D. Alfonso XIII, que, hoy más que nunca, rogamos al cielo viva para nuestro orgullo.

Una mano ideal de ángel bueno desvió la ruta fatal de la onza de plomo; pero por encima de la gran alegría de nuestra alma, al saber que el Rey está ileso en absoluto, es nuestro corazón de hombres honrados y patriotas; es nuestro cerebro que calcula la infinita maldad de los desalmados que aman la anarquía, porque ella recoge la escoria de la sociedad, el que nos impulsa a pedir el escarmiento a que tiene derecho España ofendida, a vitorear a este Rey simpático y valiente para el que son todos nuestros deseos de felicidad y acierto.

LA REDACCIÓN

Barcelona, abril 1913.

EL ROJO DE SANGRE Y EL ORO DE SOL

La señorita Primavera —una damita gentil de risas de encanto y promesas de amor— ha pisado la tierra ardiente y rojiza que de su entraña brotó la rosa de pasión. Es la evolución misteriosa de una hada maga de ilusión y sabia del dolor, que trazó en el vacío de una nación de tristes destinos el alcázar perlino de su leyenda sin par. Es la historia de unos hombres todo vigor, que supieron hacer en Primavera un alto en el inquieto vivir de su ruta eterna para acogerse bajo la enseña gloriosa de una Patria mártir y héroe.

Con la señorita Primavera vino el encanto de los jardines floridos, que elevaron al azul la ofrenda de su aroma y la alegría de las muchachas con que nos cruzamos en la calle, mientras nuestros ojos buscan en los suyos un destello de atracción. Con la Primavera vino la vida que el Padre Invierno, de luenga y alba barba cual el lino, amagó con sus fríos y los copos poetas de su nieve.

La ciudad vive, las mujeres ríen, los hombres se esfuerzan en descifrar por qué en Primavera aman más que nunca y en Primavera se jura la bandera....

Es una fiesta de amor y juventud. Es una fiesta de energía y de Patria. Es la fiesta del rojo de sangre y el oro de sol.

Ved en las mejillas de los reclutas rebullir la sangre suya, que choca contra las venas, que se enciende al besar la bandera, por la que juran morir; y ved el sol, este buen sol de España, que deshace sus rayos sobre corazas y sables, tejiendo sobre ellos el manto de fuego de su beso de amor. Aquella sangre y este sol fueron hechos de trozos ardientes de vida y de lucha, se amaron y se unieron para alzar sobre los escombros de una invasión una nacionalidad gigante, y de sus corazones brotó la enseña de España, la enseña en que se ofrenda la sangre de los mártires impregnando el oro de nuestra historia...

Yo asisto a la jura de la bandera, religiosamente, fervorosamente. Es para mí la cristalización de una semilla de vida nueva que quiere elevar a España; se jura serle fiel, y el hombre que jura ser fiel a un amor es bueno... Esta juventud inquieta y recia que bajo la caricia de la señorita Primavera hace ofrenda de su lealtad, es la evocadora de otras glorias y de otros hombres; es la encargada de borrar la mueca que la musa del dolor trazó sobre los labios divinos de esta madre buena y martirizada que se llama España. Es la cruzada vengadora de atrasos y amante del progreso... Por ello, yo que tras doce meses he de jurarla, asisto fervorosamente, religiosamente.

Este año juran todos. Ricos y pobres, nobles y plebeyos. Todos, porque todos son españoles y a todos atañe la defensa, el honor, la libertad de la patria española.

Yo no sé el encanto ensoñador de esta fiesta sin igual, sólo sé que tras el misterio de sus árboles en flor y el cristal de su ambiente, que perfuman los jardines que bendijo la mano hidalga de la bella Primavera, está el alma de un porvenir seguro y hermoso; este porvenir, cuyas columnas diamantinas son estos mozos gallardos, de mirada viva y frente despejada, que al desfilar ufanos en columna de honor, buscan ansiosos la risa de encanto, la promesa de amor que la señorita Primavera puso en una muchachita gentil, mientras el rojo de la sangre sube a sus mejillas impulsado por el corazón y el oro de sol, este buen sol de España, pone sobre los botones de su guerrera un destello de triunfo.

P. VILA SAN-JUAN

Académico de Número

LA ESCUELA DE FERRER

En el día grande de jurar ante Dios la bandera patria los bisoños soldados españoles, al poco tiempo de besar la cruz formada por la espada y el estandarte, después de haber adorado la Hostia Santa, se ha cometido un nuevo atentado contra la persona de D. Alfonso XIII, rey de España.

El criminal pertenece a la horda de los salvajes amamantados por la Escuela Moderna; es discípulo de aquellas doctrinas que rechazan toda norma ética y todo principio religioso, y es patente muestra de la educación sin Dios.

Si la fe fuese aún intensa, si se creyera aún en los hechos providenciales, tal vez los gobernantes verían en el suceso un aviso del cielo para detenerlos en el camino emprendido de querer arrancar de las escuelas la enseñanza religiosa, única salvadora, que levanta a los pueblos y protege a sus reyes.

Nuestro valeroso monarca ha mostrado a las gentes que es digno de ceñir la hispana corona, pues su valentía es propia de reyes, y el pueblo español ha aplaudido a su rey, pues en él ha visto la encarnación de la indomable raza ibérica, que no se ha mostrado completamente digna de su historia, pues aun permite haya en su seno quienes la quieren bastardear arrancándole el sentimiento religioso, firme sostén de los principios monárquico y caballeresco que la informan.

Nuestra indignación no es para el atentado presente; va más allá; se subleva nuestro espíritu porque, condolido, presiente otros más sangrientos, cuando arrancada la cruz de las escuelas y borrado el nombre de Dios de las leyes, que a ello tienden las escuelas liberales, sucumba el trono, y la anarquía acabe con nuestra patria.

Por Dios, por España y por el Rey hemos de despertar de nuestro sueño, sacudir nuestra inercia, rechazando todo elemento de discordia, para unirnos todos los católicos en defensa de la patria que peligra, del trono amenazado. Hay que resucitar la España católica que se inmortalizó arrancando de sus dominios la media luna y cerrando el paso al protestantismo, y hay que resucitarla con cruzada santa que arroje de su seno a los que consciente o inconscientemente quieren pervertirla negando a Dios.

Abominemos el crimen, sea para el regicida todo el rigor de ley; pero advirtamos también que el desgraciado criminal lo es porque así lo han convertido las enseñanzas de unas escuelas donde no se enseña la doctrina cristiana, pero sí las cartillas ferreristas, que odian a Dios, a la Patria, al Ejército y al Monarca.

¡Que Dios salve al Rey, que Dios le guarde y le ilumine para que salve a la Patria!

COSME PARPAL Y MARQUÉS

Presidente de la Academia

UN CUENTO DECENAL

POLIFEMO

El coronel Toledano, por mal nombre Polifemo, era un hombre feroz que gastaba levita larga, pantalón de cuadros y sombrero de copa, de alas anchurosas y reviradas. Estatura gigantesca, paso rígido, imponente, enormes bigotes blancos, voz de trueno y corazón de bronce. Pero aún más que esto, infundía pavor y grima la mirada torva, sedienta de sangre, de su ojo único. El coronel era tuerto. En la guerra de Africa había dado muerte a muchísimos moros, y se había gozado en arrancarles las entrañas aún palpitantes. Esto creíamos al menos ciegamente todos los chicos que al salir de la escuela íbamos a jugar al parque de San Francisco, en la muy noble y heroica ciudad de Lancia.

Por allí paseaba también metódicamente, los días claros, de doce a dos de la tarde, el implacable guerrero. Desde muy lejos columbrábamos entre los árboles su arrogante figura, que infundía el espanto en nuestros infantiles corazones; y cuando no, escuchábamos su voz fragorosa, resonando entre el follaje como un torrente que se despeña. El coronel era sordo también, y no podía hablar sino a gritos.

— Voy a comunicarle a usted un secreto —decía a cualquiera que le acompañase en el paseo. — Mi sobrina Jacinta no quiere casarse con el chico de Navarrete.

Y de este secreto se enteraban cuantos se hallaban a doscientos pasos en redondo.

Paseaba generalmente solo; pero cuando algún amigo se acercaba halláballo propicio. Quizá aceptase de buen grado la compañía por tener ocasión de abrir el odre donde guardaba aprisionada su voz potente. Lo cierto es que en cuanto tenía interlocutor, el parque de San Francisco se estremecía; no era ya un paseo público; entraba en los dominios exclusivos del coronel. El gorjeo de los pájaros, el susurro del viento y el dulce murmurar de las fuentes, todo callaba. No se oía más que el grito imperativo, autoritario, severo, del guerrero de Africa. De tal modo, que el clérigo que le acompañaba (a tal hora, sólo algunos clérigos acostumbraban a pasear por el parque) parecía estar allí únicamente para abrir, ahora uno, después otro, todos los registros que la voz del coronel poseía. ¡Cuántas veces, oyendo aquellos gritos terribles, fragorosos, viendo su ademán airado y su ojo encendido, pensamos que iba a arrojar sobre el desgraciado sacerdote que había tenido la imprevisión de acercarse a él!

Este hombre pavoroso tenía un sobrino de ocho o diez años, como nosotros. ¡Desdichado! No podíamos verle en el paseo sin sentir hacia él compasión infinita. Andando el tiempo he visto a un domador de fieras introducir un cordero en la jaula del león. Tal impresión me produjo, como la de Gasparito Toledano paseando con

su tío; no comprendíamos cómo aquel infeliz muchacho podía conservar el apetito y desempeñar regularmente sus funciones vitales, cómo no enfermaba del corazón o moría consumido por una fiebre lenta. Si transcurrían algunos días sin que pareciese por el parque, la misma duda terrible agitaba nuestros corazones. «¡Se lo habrá merendado ya!» Y cuando al cabo le hallábamos sano y salvo en cualquier sitio experimentábamos a la par sorpresa y consuelo. Pero estábamos seguros de que un día u otro concluiría por ser víctima de algún capricho sanguinario de Polifemo.

Lo raro del caso era que Gasparito no ofrecía en su rostro vivaracho aquellos signos de terror y abatimiento que debían ser los únicos en él impresos. Al contrario, brillaba constantemente en sus ojos una alegría cordial, que nos dejaba estupefactos. Cuando iba con su tío marchaba con la mayor soltura, sonriente, feliz, brincando unas veces, otras acompasadamente, llegando su audacia o su inocencia hasta a hacernos muecas a espaldas de él. Nos causaba el mismo efecto angustioso que si le viésemos bailar sobre la flecha de la torre de la Catedral. «¡Gaspar!» El aire vibraba y transmitía aquel bramido a los cipreses del paseo. A nadie de los que allí estábamos nos quedaba el color entero. Sólo Gasparito atendía como si le llamara una sirena. «¿Qué me quiere usted, tío?» Y venía hacia él ejecutando algún paso complicado de baile.

Además de este sobrino, el monstruo era poseedor de un perro que debía vivir en la misma infelicidad, aunque tampoco lo parecía. Era un hermoso danés, de color azulado, grande, suelto, vigoroso, que respondía por el nombre de Muley, en recuerdo sin duda de algún moro infeliz sacrificado por su amo. El Muley, como Gasparito, vivía en poder de Polifemo lo mismo que en el regazo de una odalisca. Gracioso, juguetón, campechano, incapaz de falsía, era, sin ofender a nadie, el perro menos espantadizo y más tratable de cuantos he conocido en mi vida.

Con estas partes no es milagro que todos los chicos estuviésemos prendados de él. Siempre que era posible hacerlo, sin peligro que el coronel lo advirtiese, nos disputábamos el honor de regalarle con pan, bizcocho, queso y las golosinas que nuestras mamás nos daban para merendar. El Muley lo aceptaba todo con no fingido regocijo, y nos daba muestras inequívocas de simpatía y reconocimiento. Mas, a fin de que se vea hasta qué punto eran nobles y desinteresados los sentimientos de este memorable can, y para que sirva de ejemplo siempre a perros y hombres, diré que no mostraba más afecto a quien más le regalaba. Solía jugar con nosotros algunas veces (en provincias y en aquel tiempo, entre los niños no existían clases sociales) un pobrecito hospiciano llamado Andrés, que nada podía darle, porque nada tenía. Pues bien: las preferencias de Muley estaban por él; los rabotazos más vivos, las carocas más subidas y vehementes a él se consagraban, en menoscabo de los demás. ¡Qué ejemplo para cualquier diputado de la mayoría!

¿Adivinaba Muley que aquel niño desvalido, casi siempre silen-

cioso y triste, necesitaba más de su cariño que nosotros? Lo ignoro, pero así lo parecía. Por su parte, Andresito había llegado a concebir una verdadera pasión por este animal. Cuando nos hallábamos jugando en lo más alto del parque al marro o a las chapas y se presentaba de improviso Muley y se entretenía con él largo rato, como si tuviese que comunicarle algún secreto, la silueta colosal de Polifemo se columbraba allá entre los árboles.

Pero esas entrevistas rápidas y llenas de zozobra fueron sabiéndole a poco al hospiciano. Como un verdadero enamorado, ansiaba disfrutar de la presencia de su ídolo largo rato y a solas. Por eso una tarde, con osadía increíble, se llevó, a presencia nuestra, el perro hasta el Hospicio, como en Lancia se denomina la Inclusa, y no volvió hasta el cabo de una hora. Venía radiante de dicha. El Muley parecía también satisfechísimo. Por fortuna, el coronel aún no se había ido del paseo ni advirtió la desertión de su perro.

Repitiéronse una tarde y otra tales escapatorias. La amistad de Andresito y Muley se iba consolidando. Andresito no hubiera vacilado en dar su vida por Muley. Si la ocasión se presentase, seguro estoy de que éste no sería menos.

Pero aún no estaba contento el hospiciano. En su mente germinó la idea de llevarse a Muley a dormir con él a la Inclusa. Como ayudante que era del cocinero, dormía en uno de los corredores, al lado del cuarto de éste, en un jergón fementido de hoja de maíz. Una tarde condujo el perro al Hospicio y no volvió. ¡Qué noche más deliciosa para el desgraciado niño! No había sentido en su vida otras caricias que las de Muley. Los maestros primero, el cocinero después, le habían hallado siempre con el látigo en la mano. Durmieron abrazados como dos novios. Allá al amanecer el niño sintió el escozor de un palo que el cocinero le había dado en la espalda la tarde anterior. Se despojó de la camisa.

— Mira, Muley — dijo en voz baja, mostrándole el cardenal.

El perro, más compasivo que el hombre, lamió su carne amoratada.

Luego que abrieron las puertas, lo soltó. El Muley corrió a casa de su dueño; pero a la tarde ya estaba en el parque, dispuesto a seguir a Andresito. Volvieron a dormir juntos aquella noche, y la siguiente, y la otra también. Pero la dicha es breve es este mundo. Andresito era demasiado feliz y caminaba inocentemente al borde de una sima.

Una tarde, hallándonos todos en apretado grupo jugando a los botones, oímos detrás dos formidables estampidos.

— ¡Alto! ¡Alto!

Todas las cabezas volviéronse como movidas por un resorte. Frente a nosotros se alzaba la talla ciclópea del coronel Toledano.

— ¿Quién de vosotros es el pilluelo que secuestra mi perro todas las noches, vamos a ver?

Silencio sepulcral en la asamblea. El terror nos tiene clavados en el suelo, rígidos, como si fuéramos de palo.

Otra vez sonó la trompeta del juicio final.

— ¿Quién es el secuestrador? ¿Quién es el bandido? ¿Quién es el miserable?

El ojo ardiente de Polifemo nos devoraba uno en pos de otro. El Muley, que le acompañaba, nos miraba también con los suyos, leales, inocentes, y movía el rabo vertiginosamente en señal de inquietud.

Entonces Andresito, más pálido que la cera, adelantó un paso y dijo:

— No culpe a nadie, señor. Yo he sido.

— ¿Cómo?

— Que he sido yo — replicó el chico en voz más alta.

— ¡Hola! ¡Has sido tú! — dijo el coronel, sonriendo ferozmente.

— ¿Y tú no sabes a quién pertenece ese perro?

Andresito permaneció mudo.

— ¿No sabes de quién es? — volvió a preguntar a grandes gritos.

— Sí, señor.

— ¿Cómo? Habla más alto.

Y se ponía la mano en la oreja para reforzar su pabellón.

— Que sí, señor.

— ¿Dé quién es, vamos a ver?

— Del señor Polifemo.

Cerré los ojos. Creo que mis compañeros debieron hacer otro tanto. Cuando los abrí, pensé que Andresillo estaría ya borrado del libro de los vivos. No fué así, por fortuna. El coronel le miraba fijamente, con más curiosidad que cólera.

— ¿Y por qué te lo llevas?

— Porque es mi amigo y me quiere — dijo el niño con voz firme. El coronel volvió a mirarle fijamente.

— Está bien — dijo al cabo. — ¡Pues cuidado con que otra vez te lo lleves! Si lo haces, ten por seguro que te arranco las orejas.

Y giró majestuosamente sobre los talones. Pero antes de dar un paso, se llevó la mano al chaleco, sacó una moneda de medio duro y dijo volviéndose:

— Toma, guárdatelo para dulces. ¡Pero cuidado con que vuelvas a secuestrar el perro. Cuidado.

Y se alejó. A los cuatro o cinco pasos ocurriósele volver la cabeza. Andresito había dejado caer la moneda al suelo y sollózaba, tapándose la cara con las manos. El coronel se volvió rápidamente.

— ¿Estás llorando? ¿Por qué? No llores, hijo mío.

— Porque le quiero mucho... Porque es el único que me quiere en el mundo — gimió Andrés.

— ¿Pues de quién eres hijo? — preguntó el coronel, sorprendido.

— Soy de la Inclusa.

— ¿Cómo? — exclamó Polifemo.

— Soy hospiciano.

Entonces vimos al coronel demudarse. Abalanzóse al niño, le se-

paró las manos de la cara, le enjugó las lágrimas con un pañuelo, le abrazó, le besó, repitiendo con agitación:

— ¡Perdona, hijo mío, perdona! No hagas caso de lo que te he dicho... Llévate el perro cuando se te antoje... Tenlo contigo el tiempo que quieras, ¿sabes?... Todo el tiempo que quieras...

Y después que le hubo serenado con estas y otras razones, proferidas con un registro de voz que nosotros no sospechábamos en él, se fué de nuevo al paseo, volviéndose repetidas veces para gritar:

— Puedes llevártelo cuando quieras, ¿sabes, hijo mío? Cuando quieras...

Dios me perdone, pero juraría haber visto una lágrima en el ojo sangriento de Polifemo.

Andresillo se alejaba corriendo, seguido de su amigo, que ladra-
ba de gozo.

ARMANDO PALACIO VALDÉS

ORO VIEJO

AL REY

Es la estrofa 230 de «El Laberinto de Fortuna» de Juan de Mena, según la edición hecha en Macón (Protat hermanos), por Foulché-Delbosq, año 1904.

Sanad vos los reynos de aqueste reçelo,
o prinçipe bueno, o nouel Agosto,
o lumbre de España, o rey mucho justo,
pues rey de la tierra vos fizo el del çielo;
e los que vos siruen con maluado çelo
con fanbre tirana, con non buena ley,
fazed que deprendan temer a su rey
por que justiçia non ande por suelo.

JUAN DE MENA

ORO NUEVO

A UN OLMO SECO

Al olmo viejo, hendido por el rayo
y en su mitad podrido,
con las lluvias de abril y el sol de mayo
algunas hojas verdes le han salido.
¡El olmo centenario en la colina
que el Duero lame!... Un musgo amarillento
le mancha la corteza blanquecina
al tronco carcomido y polvoriento.

No será, cual los álamos cantores
que guardan el camino y la ribera,
habitado de pardos ruiseñores.
Ejército de hormigas en hilera
va subiendo por él, y en sus entrañas
unden sus telas grises las arañas.

Antes que te derribe, olmo del Duero,
con su hacha el leñador, o el carpintero
te convierta en melena de campana,
lanza de carro o yugo de carreta;

antes que rojo en el hogar, mañana
 ardas de alguna mísera caseta
 al borde de un camino;
 antes que te descuaje el torbellino
 o tronche el soplo de las sierras blancas;
 antes que el río hacia la mar te empuje
 por valles y barrancas,
 olmo, quiero anotar en mi cartera
 la gracia de tu rama verdecida...
 Mi corazón espera
 también, hacia la luz y hacia la vida,
 otro milagro de la primavera.

ANTONIO MACHADO

EN LA ACADEMIA DE BUENAS LETRAS

RECEPCIÓN DE NUESTRO PRESIDENTE DR. PARPAL Y MARQUÉS

Inútil decir nuestro júbilo, al dar cuenta en estas páginas en que tantas veces brilló el talento de nuestro muy digno y querido Presidente Dr. Parpal y Marqués, de su ingreso en la Academia de Buenas Letras. Ha sido un acto tan solemne como justo, pues el Dr. Parpal es un puntal poderoso de las Buenas letras catalanas.

De un diario serio e imparcial copiamos los detalles del acto:

«A las once de ayer mañana se congregó en el salón del Consejo de la Universidad Central buen número de mentalidades que son honra de nuestra tierra, pues dedican sus nobles esfuerzos a la meritoria conservación del alma catalana, descubriéndola en las gloriosas páginas de su historia, con una perseverancia y una alteza de miras dignas del mayor encomio.

Iba a procederse al solemne acto de recepción del académico electo D. Cosme Parpal y Marqués, quien, desde hoy, ostentará en su pecho la medalla que perteneció al inolvidable P. Eduardo Llanas, fallecido en 1904, a quien rindió, en su discurso, un justo homenaje de pleitesía el recipiendario, en cuyo homenaje le calificó de hombre providencial, espíritu vidente, que se adelantó a su tiempo, y cuyas enseñanzas y doctrinas político-sociales — dijo — hemos de deplorar que no fueran comprendidas por todos los que a ello estaban obligados, pues el reverendo Llanas demostró lo que debe ser el sacerdote moderno, probando que la sotana no es la librea de la ignorancia.

Asistió al acto el sexo bello, en no menuda proporción, ocupando la mesa presidencial los académicos y catedráticos señores Pella y Forgas, Miret y Sans (presidente y secretario, respectivamente); Rubió y Lluch, Carreras Candi, Francisco de Bofarull, Fernando de Sagarra, Federico Rahola, Rubio de la Serna, doctor José Daurella, Juan de Dios Trías, Guillermo de Brocá, Lorenzo de Benito, Segalá y Estalella, Jordán de Urríes y otros muchos señores que llenaban por completo el majestuoso salón.

El Sr. Parpal y Marqués, después de una cariñosa salutación

y un expresivo recuerdo, dió comienzo a la lectura de su discurso de entrada, cuyo tema era «La isla de Menorca en tiempo de Felipe II».

En él estudia minuciosa y concienzudamente el alma menorquina, lamentando sus estériles entusiasmos que la atrofian y la matan; el suicidio lento, inconsciente de un pueblo que puede, pero que no quiere; víctima en lo antiguo de banderías que minaron a Menorca y que aun hoy le impiden ser lo que pudiera y debiera.

Estudió la vida económica y social de aquella isla, a la que llamó el gran Antillón «roca sembrada de tierra», que en todo tiempo ha convertido en héroes a los austeros payeses menorquines, y paso a paso fué desarrollando, con envidiable galanura de estilo, la vida de Menorca en el reinado del segundo de los Felipes, con sus grandes hechos, sus penurias y calamidades, sus heroicidades y sus excesos vergonzosos, neta, detallada y brevemente a la par; despojando a la Historia de la leyenda que le arranca el carácter de ciencia para convertirla en un arte cercano a la novela.

Ardua tarea la nuestra si debiéramos seguir paso a paso al disertante en su hermoso discurso, pues para ello nos falta el tiempo y el espacio. Los aplausos que se le prodigaron al terminar, son la mejor prueba del éxito que alcanzó su trabajo, escrito con tanta pulcritud de estilo como profundidad de concepto.

El discurso de contestación, leído por su autor D. Antonio Rubió y Lluch, llevaba por título «La escuela histórica catalana», y recordando que en Menorca viera la luz el sabio D. Mateo Orfila y el gramático eminente D. José María Guardia, pronunció himnos y apologéticas frases, dedicadas al recipiendario, de quien dijo que era «uno de los discípulos más agradecidos a sus maestros» y «el primero que ha explicado literatura española en la primera cátedra que se ha establecido en nuestra patria para la enseñanza literaria de la mujer».

Enumera con elogio los trabajos del nuevo académico, acerca de la historiografía menorquina, desde la *conquista de Menorca en 1287, por Alfonso III de Aragón*, que vino a llenar una importante página en la historia de Cataluña, hasta el documentado discurso, cuya lectura se acababa de oír, «y que es el fruto, dijo, de ímprobo trabajo de estudio y compulsas elaborado en los Archivos: esa gran escuela de disciplina histórica, en la cual se formó preferentemente la modesta escuela catalana».

Sobre el estudio de esa escuela versó el notabilísimo discurso del Sr. Rubió y Lluch, el cual afirmó que nuestra historia escrita no halló su identidad y su cohesión nacional hasta Bernat Boades (1444), el primer cronista general y nacional de nuestra tierra; el padre de la historia y de la escuela histórica catalana, realizando de una manera espontánea, fusionando las *Gestas Comitum* con las crónicas populares de Desclot y Muntaner, con la realidad contemporánea.

En su trabajo analiza el Sr. Rubió y Lluch el espíritu crítico de

los siglos que siguieron a aquél, y llega hasta Capmany, cuyo grandioso esfuerzo — dice — puede ponerse junto a las más señaladas obras de la erudición europea, y hasta D. Próspero de Bofarull, el verdadero restaurador de los estudios históricos en el siglo XIX, en Cataluña.

Muchos y brillantes períodos contiene el discurso del Sr. Rubió y Lluch, pero no es posible que demos siquiera una idea exacta de ellos. Este como el del Sr. Parpal, es un trabajo que debe leerse con detenimiento y fruir sus bellezas.

Con todo, no terminaremos estos ligeros apuntes sin que transcribamos uno de los últimos párrafos de este hermoso discurso:

«El día que tengamos — dijo — un historiador en lengua catalana que escriba como un Thierry, un Michelet, un Macaulay, un Herculano o un Gregorovius, aquel día quedará consagrada nuestra literatura con el monumento más grande que puede ostentar un pueblo después de una epopeya: la historia nacional. Aquel día la nuestra, escrita en su maternal lengua, volará por todo el mundo civilizado, y será entendida por virtud mágica de la belleza, en todos los pueblos.»

El acto terminó con el ceremonial de rigor, siendo muy felicitado el recipiendario por la selecta concurrencia que llenaba de bote en bote el salón.»

Hasta aquí la información de la prensa.

Nosotros.... ¿qué vamos a decir nosotros? El Dr. Parpal, todos nuestros lectores saben perfectamente lo que la ACADEMIA CALASANCIA, lo que esta Redacción quiere y admira al nuevo académico.

Hay circunstancias que — en nuestro sentir — no son propicias a expresar lo que siente el alma. En una de esas nos hallamos. La pluma no obedece al corazón porque en el segundo hay una grandilocuencia que la primera no sabe transformar en palabras sobre la cuartilla.

El triunfo del Dr. Parpal es algo nuestro, es algo que nos llega al alma, porque hace ya años que junto a él caminamos en la ruta de la vida académica.

Por eso, porque le conocemos muy bien y sabemos que sabe sentir más que agradecer frases elogiadoras que resultarían ridículas, hoy esta ACADEMIA, y con ella esta Redacción, no envían su felicitación sola al Dr. Parpal, sino que con ella va un abrazo respetuoso que, por ser muy efusivo, lleva con él tanta admiración como cariño.

NUESTROS ACADÉMICOS TRIUNFAN

D. JOSÉ CUENCA PÉREZ

*Necesidad de que los católicos empleen su capital
en la industria*

Copiamos de *La Defensa*, excelente Revista católica que se publica en Villanueva y Geltrú:

«Ante escogida concurrencia dióse en el local del Círculo Católico, el domingo 23 de febrero, la tercera de las conferencias católico-sociales para la temporada de Cuaresma. Corrió a cargo del secretario de la ACADEMIA CALASANCIA de Barcelona, el ilustrado joven D. José Cuenca, a quien presentó, con atinadas frases, el presidente del Círculo Sr. Vidal y Xufre, alabando su elocuencia y admirando el caudal de conocimientos que en el ramo católico-social posee el orador, el cual, abundantemente nutrido y empapado de las sabias enseñanzas que en las aulas de la Escuela Pía ha recibido, como si no cupieran dentro de su alma, con apostólico celo y dulce amor para con el prójimo, marcha a los pueblos a predicar la buena nueva social.

Hecha la anterior presentación, empezó el joven orador el desarrollo de su tema, haciéndolo con palabra fácil y elocuentes períodos que, al par que demostraban que poseía perfectamente el conferenciante la materia objeto de su estudio, se revelaba en su expresión el fuego de la verdad que quería comunicar a sus oyentes, quienes le tributaron frecuentes muestras de aprobación y aplausos tan repetidos como justos.

Es evidente —decía el orador— que el mal de España y notoria decadencia obedece al mal estado o abandono en que se deja lo que pudiéramos llamar su economía política. No hay duda que la prosperidad de las naciones de Inglaterra, Alemania, Bélgica y otras reconoce por causa el esfuerzo que sus hombres han sabido imprimir a las obras del ramo de Economía material, mientras que el absentismo de la Economía en España la ha conducido en el estado de postración que es de lamentar.

Y no es que nuestra nación española no tenga un clima dulce y benigno; no es que no tenga terrenos a propósito, cuya fertilidad puede ser manantial de verdadera riqueza, ni tampoco porque haya falta de potencialidad en la raza española para intentar todo lo que signifique progreso intelectual y material. Lo que hace falta es aprovechar todos y cada uno de estos importantes elementos que poseemos. Hay como cierto *miedo* en emprender obras que fueran altamente remuneradoras y sobra de *abandono* en lo que sería verdadera vida material y moral para los pueblos. La mayor parte de la juventud española, de la que cuenta con fuerzas y aptitudes para la industria y el comercio, ¿en qué se ocupa? La juventud mercantil es casi una vergüenza en España: apenas si se encuentran jóvenes que con sus talentos, sus energías y sus bienes materiales emprendan obras que serían de fecunda prosperidad para nuestra amada Patria. Más prefieren dedicarse a los asuntos del foro, creyendo que esto es cosa que viste mejor y se presta más fácilmente a adquirir aquella aureola de celebridad que muchos anhelan.

En España la industria ha florecido poco porque no se ha empleado capital; el absentismo del capital por todo lo noble y por todo lo que significa vida. Aquí lo que se procura es la renta, sin otros quebraderos de cabeza, y no se atiende bien, que es un error gra-

vísimo tener abandonada la industria, como también la agricultura, ya que un Gobierno, un Estado, nada podría hacer sin los veneros de riqueza que se pudieran reportar del desarrollo de las obras industriales, agrícolas y mercantiles.

De este absentismo del capital español ha venido la invasión de los capitales extranjeros explotando aquellas obras que precisamente habían de estar en manos de españoles; de la abstención del capital ha venido la miseria de la clase trabajadora; y esta misma abstención ha sido la causa en España de la constante emigración que diezma los pueblos, huyendo de la miseria y del hambre, y cuán grave mal sea esta emigración para España no hay nadie que lo vea.

Otro mal gravísimo fomenta el absentismo del capital y es el mal espiritual en que cae el individuo cuando se lanza a lo desconocido, y de ello ha sabido aprovecharse perfectamente la revolución, proclamando para el hombre la independencia, independencia que le ha conducido a la miseria y a la ruina.

La revolución creyó que podía desligar al hombre de sus relaciones para con Dios, y partiendo de esta idea, no hizo más que lanzarle en el camino del anarquismo. La revolución ha planteado el problema obrero haciéndole socialista y aun anárquico, admitiendo, como principio de su obra y doctrina, la necesidad de que se destruya la sociedad actual, al objeto de reconstruir otra sobre sus cenizas y escombros.

Pero la Religión —decía con frase vehemente el orador— es el único remedio que se ha de oponer al avance de la revolución. La Iglesia es la llamada a resolver la magna cuestión social. Los patronos católicos son los más obligados a darla pronta solución. ¿Cómo? Aplicando sus capitales a la creación de instituciones fabriles cristianas, como hermosos ejemplos de ellas tenemos en distintas poblaciones de Cataluña y aun en esta hermosa Villanueva, no olvidando que, fuera de Dios y de la Religión, nada se resuelve; porque en toda cuestión social hay una cuestión económica y en toda cuestión económica hay una cuestión católico-religiosa.

Nos hemos de proclamar, pues, católicos sociales, y es frase de Clemenceau —nada sospechoso— que si los católicos lo fuésemos de hecho y de verdad, el problema social estaría resuelto.

Los católicos hemos de ofrecer mano generosa al pueblo obrero. Es de apremiante necesidad hacerse nuestra la clase obrera, estudiando sus necesidades y deparándolas el remedio salvador. Acudamos a la conquista del pueblo —concluía el orador— el pueblo es una gran fuerza por su número y por sus brazos, es hermano nuestro grande en todos sentidos.

A esa conquista os invito a todos; a los industriales, a los agricultores, a los comerciantes, a los hombres de buena fe, a los socios de este Círculo Católico y muy en particular a la juventud que me escucha, cuya fuerza de atracción nadie desconoce, y lanzándonos con los bríos que la fe y la caridad comunican a esas obras sociales, se verán coronados nuestros esfuerzos con los laureles de la más señalada victoria.»

(Grandes aplausos se tributaron al joven conferenciante al final de su labor, recibiendo por ella multitud de felicitaciones.)

LA ACADEMIA CALASANCIA, al dar cuenta de la notable conferencia de su docto secretario, le felicita efusivamente por su labor cultural y se une a los unánimes aplausos con que fué premiado por aquel distinguido auditorio.

LO QUE SE LEE

LA DÉBIL FORTALEZA. Novela original de D. José Francés. — Es una novela de vida. Una grandiosa novela de juventud, que en cada página guarda una emoción para nuestro corazón de veinte años y que arranca un recuerdo de nuestro cerebro soñador. Novela de vida y de juventud, cuyos trazos magistrales y cuyas escenas admirables de colorido y de realidad ponen una rama de laurel bajo el nombre de D. José Francés.

Yo siempre he sido un admirador del joven literato que tras labor tenaz y lucha valiente ha sabido granjearse muchas simpatías y un puesto definido en el mundo de la literatura española contemporánea. Sus obras anteriores, sus novelas cortas de aquel inolvidable *Cuento semanal* y sus posteriores de *Los Contemporáneos* y *El libro popular*, eran una lenta promesa, una promesa brillante de triunfo que prometía triunfando. Tal vez una de sus novelas cortas, que pasó más inadvertida, fué para mí la emotiva de mi franca admiración. Se llama *El delito de soñar*, y la publicó un modesto semanario, uno de esos semanarios literarios que unos muchachos soñadores y locos lanzan al público llenos de ilusión y que al cabo de un tiempo vemos desaparecer tristemente, silenciosamente, como los pasos callados de un ángel amoroso con el dedo colocado sobre sus labios de encanto....

José Francés comprende la vida porque la conoce en todas sus exageraciones y timideces, en toda su desnudez bella y real. José Francés, para quien son todas mis simpatías de lector, ha cumplido la promesa de sus obras anteriores, y esa promesa que casi alcanzó en *La ruta del sol*, es.... *La débil fortaleza*.

Tuviéramos más espacio y le dedicaríamos la crítica que nos ha sugerido y que merece muy cumplidamente; pero nos falta sitio y ello nos obliga a felicitar a José Francés y a alegrarnos de su triunfo porque a él nos une un vínculo ensoñador que tiene nuestros entusiasmos: La juventud.

DANILO

PEQUEÑECES

Estamos en la Redacción. Adanio, el rebelde Adanio, mientras con una regla estropea un almanaque de pared, nos echa un parrafito, intentando convencernos de que sus ocupaciones no le permitirán, por algunos meses, trabajar en la Revista y por lo mismo encargarse de *Pequeñeces*; pero Titín, que es el que debe cargar con ellas no queda convencido, lo que no implica que el pobrete, ante la corpulencia de Adanio, baje la cabeza por miedo a una torta y agarre la pluma para escribir pequeñeces... por aquí, pequeñeces..... por allá.....

Aún no está satisfecho Adanio con la maldad que está cometiendo, y para colmo, se lanza a filosofar. (Porque mi rebelde amigo ha hecho migas con un filósofo que le ha contaminado su enfermedad.)

Nos habla del anarquismo en España, en el extranjero, medios de extirparlo, en fin, un verdadero discurso. Al concluir pregunta:

— ¿Saben Vds. algo referente al viaje del Rey a Barcelona?

— Estamos todos en ayunas.

— Yo opino que estos rumores son infundados y, muy al contrario, creo que este viaje no llegará a realizarse.

— Pues vendrá. ¡Vaya si vendrá!

— Y digo que no se llevará a término, entre otras muchas razones, por lo atestada de anarquistas que se encuentra nuestra ciudad.

— ¡Zapateta! ¿Y en Madrid? ¿No has leído *La Epoca*? — Exclama Titín.

— No leo *La Epoca*; pero, respecto a Madrid, Romanones acaba de hacer importantes declaraciones sosteniendo que los temores de este periódico eran infundados e hijos solamente de la política de oposición.

* *
*

Estamos también en la Redacción: el P. Director, Adanio, Danilo y yo. Sobre la mesa se destaca un diario que luce en grandes caracteres muy negros unas letras que dicen ATENTADO CONTRA EL REY DE ESPAÑA.

La indignación que nos había causado la noticia, haciéndonos arrojar improperios contra el asesino, tornóse luego en mutismo absoluto.

Sonó un crujido: Adanio acababa de romper un lápiz. Danilo mirábale de reojo, exclamando para sus adentros: — ¿Será también anarquista este tío?

Por fin me decido a despegar los labios:

— ¿Pero, se han fijado Vds. qué desfachatez la del asesino?

— Que el asesino sea un desvergonzado de marca mayor no es de extrañar; mas lo que no acierto yo a comprender es que los periodistas no se desprendan de este afán de hablarnos tanto de los reos, hasta el extremo de decirnos si eran o no de hilo los calcetines que llevaba el asesino en el acto del crimen.

Al momento me muestra Adanio un párrafo de un diario de la noche, que dice: *Más detalles — El anarquista Sancho cenó anoche huevos fritos y patatas. Sigue otro que traslado aquí literalmente: Llorarás sobre la tumba de este anarquista. — Anoche estuvo escribiendo en el retrato a su novia Juana Rodríguez, que vive en la misma casa, piso segundo, con su madre. En el retrato escribió de despedida: LLORARÁS SOBRE LA TUMBA DE ESTE ANARQUISTA.*

— En verdad, dice, esto es una nota poética que vale la pena de ser mentada.

Adanio tiene razón. Si los periodistas en vez de ocuparse tanto de la persona de un asesino, se ciñeran al relato del hecho, manifestando al par su indignación, su trabajo sería más laudable, sobre

todo si además procuraran con sanos comentarios que la opinión pública se diera clara cuenta de lo grave y trascendental que resulta un acto semejante, y de la imperiosa necesidad de perseguir como animales inmundos estos humanos espúreos que responden al tildado de anarquistas de acción. Preocupándose la prensa tanto de estos individuos, no hacen sino satisfacer sus afanes de popularidad criminal, y quizás exaltar alguna corta imaginación de loco, que de todo hay en la viña del Señor.

TITÍN

NOTAS GENERALES

En nuestro próximo número publicaremos el cuento: *Es sueño.....* de nuestro querido compañero de redacción y académico de número, P. Vila San-Juan. (Danilo).

✽ La Academia de Medicina, en nombre de la *Associació Catalana d'Estudiants*, dedicó la noche del lunes pasado, en el Ateneo Barcelonés, una velada necrológica a su conspicuo compañero, el joven D. Luis Gausa y Raspall, muerto víctima de la ciencia. Hermano de un estimado compañero nuestro de ACADEMIA, D. Enrique Gausa, la ACADEMIA CALASANCIA se complace en dedicarle hoy un cariñoso tributo a su memoria, mientras se asocia cordialmente al dolor de la familia del finado y aplaude con toda el alma la nobilísima manifestación de la *Associació Catalana d'Estudiants*, que así honra la memoria del que en vida fué uno de sus más conspicuos miembros.

Descanse en paz el alma del malogrado joven y sírvale a su familia, y a su buen hermano en particular, de consuelo la parte cariñosa que en su justo dolor toma la ACADEMIA CALASANCIA.

✽ *La salud del Papa.* — Parece evidente que la salud del Padre Santo se halla quebrantada hasta el extremo de que los médicos temen la reincidencia de la afección gripal que durante muchos días ha venido minando el estado del Sumo Pontífice.

Aunque las noticias de los periódicos son en extremo contradictorias respecto a la gravedad, parece deducirse de todas ellas que la enfermedad existe por desgracia, y además, que ha puesto en peligro la preciosa vida del Papa.

L'Osservatore Romano, que ha desmentido varias veces las noticias exageradas de la prensa, indica claramente que la afección catarral torácica que viene sufriendo desde el día 7 el ilustre enfermo, tiende a agravarse, lo cual preocupa grandemente a los médicos. Nosotros hacemos votos para que el Señor conceda la completa salud a nuestro común Padre y suplicamos a todos nuestros compañeros y amigos se dignen ofrecer un filial acto de piedad en favor del íntegro y pronto restablecimiento de nuestro queridísimo Pontífice.

✽ *El nuevo catedrático de Literatura.* — Tras brillantísimas oposiciones acaba de ser nombrado catedrático de Literatura del Instituto de Barcelona el notable escritor y compatriota nuestro, D. Francisco J. Garriga. El venerable Dr. Cortejón tiene en el Dr. Garriga un sucesor dignísimo, que seguirá honrando con su talento y laboriosidad la cátedra de Literatura que a tan alto grado la elevó el notable cervantista. Bienvenido sea entre nosotros el ilustre maestro, y ojalá su labor entre nuestra juventud escolar sea tan fructífera y práctica como de veras desea la ACADEMIA CALASANCIA.

✽ El fanatismo del Rey Jorge de Grecia. El difunto rey de Grecia conservaba en su despacho y en un marco de plata con el escudo de armas del Pontífice actual el billete de vuelta que había comprado el cardenal Sarto al ir al Cónclave que le proclamó Papa. Ya nos imaginamos la mueca de desprecio que debían de hacer nuestros tolerantes anticlericales al saber tal extraña noticia. Y el rey Jorge era protestante.